

CAPÍTULO UNO



Se acerca la tormenta

Después de atar a Moonshine, mi yegua, me encaminé lentamente hacia el despacho del sheriff de Oretown. En un tablón de anuncios junto a la puerta, había una serie de carteles de «Se busca», una espeluznante galería de troles repletos de verrugas y de duendes de ojos saltones. Arranqué y enrollé al trol más feo de todos. A continuación, tras respirar hondo, abrí la puerta.

En el interior, el rollizo sheriff, con una estrella de estaño en el pecho, descansaba con los pies encima de la mesa, y parecía que tanto él como un duende que se encontraba en la celda de la esquina competirían para ver cuál de los dos roncaba más fuerte. Los nervios se apoderaron de mí y vacilé, mientras sentía que el corazón me martilleaba por dentro.



Pensé en irme, pero me di cuenta de que entonces no encontraría respuestas, y respuestas era precisamente lo que más deseaba encontrar en la roca. Me senté, contemplando las suelas de las botas del sheriff, y esperé.

Cuando al final se despertó, alzó el ala de su sombrero y me miró con el ceño fruncido. Encima de la mesa desenrollé el cartel de «Se busca» de aquel horrible trol barriga de serpiente. Decía lo siguiente:



—Llévatelo, chaval. Muchos ni siquiera preguntan —gruñó, después de echarle un vistazo al cartel—. Y ahora, lárgate.

—Lo que quiero no es el cartel, sheriff Slugmarsh —contesté—. Yo... necesito información.

—¿Información? ¿Qué tipo de información?

—La que me pueda dar sobre este asesino barriga de serpiente.

Slugmarsh soltó un gran eructo y su sombrero volvió a inclinarse y a taparle los ojos. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y eso? ¿Piensas traérmelo o qué?

—Pues sí —respondí, esforzándome por sonar firme.

La sonrisa le desapareció en menos de lo que tarda una roca en caerse del techo de una mina.

—Le estoy buscando —continué—. Pero no soy ningún asesino. Lo traeré vivo.

Slugmarsh quitó las piernas de la mesa y se sentó bien. Me miró boquiabierto y empezó a carcajearse, ahogándose de tanto reír. Después resopló y escupió, boqueando en busca de aire. Yo ya sabía que se comportaría así. Me quedé en silencio, a la espera de que terminase.

—Estás loco, chaval. ¡Vuelve al cole antes de que llame al duende de los novillos!

—Tengo casi catorce años —dije, procurando sonar grave—. No voy al cole.

—¿Eres un crío que mata por una recompensa?

—Más o menos, aunque prefiero «que caza por una recompensa». Ya he dicho que no soy ningún asesino.

Slugmarsh se inclinó hacia delante para abrir un cajón, del cual sacó una botella de whisky Boggart's Breath. Bebió un buen trago antes de devolverla a la mesa de un golpe para aplastar un bicho. Para mi desconcierto, el sheriff cogió su bláster de seis cañones y me apuntó directamente.



—Si por casualidad me has tomado por idiota...

Sentí que el corazón me galopaba aún más rápido en el pecho y levanté las manos en un acto reflejo.

—Lo único que quiero es información.

Slugmarsh guardó la pistola y bebió otro trago de licor. Se levantó y caminó penosamente para inspeccionar la celda de la esquina. El duende seguía durmiendo ruidosamente en la cama inferior de una litera. Detecté un brillo de envidia en la expresión de Slugmarsh.

—¿Tienes nombre? —preguntó, después de volver a sentarse.

—Gallows, Will Gallows.

—Gallows. Tenía un ayudante que se llamaba así...

—Mi padre.

Me puse tenso mientras Slugmarsh se inclinaba hacia delante para inspeccionarme. Abrió la boca y vi brillar un diente de oro a través de una cavidad llena de agujeros y dientes rotos. Su aliento apestaba a calcetines sudados.

—¿Eres el hijo de Gallows?

—Sí, señor.

—Vaya. —Slugmarsh se sacó el sombrero y se peinó varias canas para tapar su calvicie, aunque en realidad estas se parecían a unas enredaderas chamuscadas que se aferraran a una piedra—. La última vez que tu padre te trajo aquí no levantabas ni dos palmos del suelo.

Hizo una pausa y bajó la mirada.

—Diría que fue justo hace un año cuando recibió una bala de trol y murió en el tiroteo de Pike's Ridge.

—Fue asesinado —corregí. Slugmarsh asintió lentamente.

—Era un buen ayudante, el mejor que...

—Lo sé —lo interrumpí. Prefería no hablar de eso. Era demasiado doloroso.

Slugmarsh respiró hondo.

—Aquella mañana, Noose y sus compinches salieron de la nada.

—He oído que mi padre gritó en busca de refuerzos. Y que no estaban allí. Le dejaron solo.

Después de beber un trago de la botella, Slugmarsh me la ofreció, pero yo moví la cabeza con impaciencia, esperando su respuesta.

—No tienes ni idea de lo que pasó. Fue una auténtica lluvia de balas. Noose era un demonio que disparaba rapidísimo. Un caos. ¡Ni siquiera oías tus propios pensamientos por el estrépito de los disparos!

Bajé la cabeza. De repente, fui consciente del ruido que hacía el polvo al tocar la ventana, como si una ráfaga de viento lo levantara desde la calle.

—Empiezo a temer por ti —comentó Slugmarsh mientras se mesaba la barba.



—¿A temer? ¿Por qué?

—Porque ahora creo que quizá lo dices en serio. Y porque tengo el presentimiento de que no vas solo detrás de la recompensa.

—Noose Wormworx asesinó a mi padre —sollocé, parpadeando para enjugarme una lágrima—. La justicia debe hacerse cargo de él.

Slugmarsh se estiró para posar una de sus enormes y torpes manos en mi hombro.

—Por supuesto que sí, pero ¿crees que tu padre querría que lo intentaras y que le acompañaras bajo tierra? Madre mía, pero si eres un crío.

Noté cómo me enrojecí.

—No soy ningún crío. Y además, ya está decidido.

—¡Pues estás loco! —retumbó la voz de Slugmarsh, resollando y tosiendo por el arrebató—. No hay ninguna partida en toda la roca que sea lo bastante tonta como para ir en busca de ese asesino.

Enrollé el póster, apretando los dientes.

—Habría preferido no pedir ayuda, pero supuse que al menos usted, como sheriff, fingiría interés. —Me dirigí hacia la puerta—. Ya conozco el camino, gracias.

Slugmarsh se llevó las manos a la cara y exhaló un largo suspiro.

—Está bien. ¿Qué quieres saber?

— ¿Dónde está? — dije, después de detenerme.

— Vete tú a saber.

Tras acercarse a un cajón, Slugmarsh sacó un mapa de la Gran Roca Oeste. Con un dedo sucio, recorrió el mundo en forma de cactus, con los correspondientes brazos y tronco, encima del cual había varios nombres escritos:



Todos los nombres estaban conectados entre sí por las marcas de raíles que se enroscaban en los límites de Roca Oeste. El dedo del sheriff se detuvo en una cueva oscura en mitad del tronco.

—Es muy probable que se esconda en la ciudad subterránea de Deadrock. Es una zona llena de forajidos, así que no es lugar para elfillos como tú. Si los troles barriga de serpiente te apresan, te mastigarán como si fueras tabaco y acabarán contigo. ¿Has visto alguna vez a alguno de esos troles?

—Aún no.

—Son los troles más malvados que puedas llegar a conocer y no se les llama barriga de serpiente porque sí: tres, cuatro y a veces incluso más serpientes vivas les salen de las tripas, con lenguas oscilantes. Hay quien dice que las serpientes ayudan al trol a controlar el entorno, y por eso estas criaturas pueden vivir en ciudades subterráneas y oscuras como Deadrock.

Me estremecí. No era necesario que me recordara lo horripilantes que eran.

Cuando era pequeño, mi padre me contaba historias que luego me hacían tener pesadillas. Pero de todos modos estaba decidido a ir en busca de uno de esos troles.

—Mi padre me dijo que el sheriff tiene registros de todos los forajidos de Roca Oeste. ¿Me podría dejar lo que tenga sobre Noose?

—Esto no es una biblioteca, chaval. Los registros confidenciales no salen del despacho.

De repente, hubo un leve temblor y vi que el whisky se mecía dentro de la botella. El segundo temblor hizo que el suelo se sacudiera ligeramente. Nos miramos mutuamente.

—Un rocamoto —murmuré.

Los rocamotos sacudían el pueblo bastante a menudo, aunque cada vez eran más frecuentes. Por lo general eran demasiado suaves como para causar daños estructurales, pero siempre existía la preocupación de que el más grande de todos estuviera a la vuelta de la esquina. Mi abuela Yenene decía que los temblores indicaban que los espíritus rocosos estaban enfadados por la manera en que vivíamos, y yo normalmente intentaba cambiar de tema antes de que empezara a hablar de los viejos tiempos, de lo feliz que era cuando creció en el poblado Gung-Choux. Según una pareja de alquimistas de Mid-Rock City a los que oí debatir una vez, no eran temblores, no, sino la tierra que se hundía a consecuencia de las excavaciones en las minas de Roca Oeste.

—Mira, te deseo mucha suerte, pero no puedo permitir que cojas esos pap...

Una nueva sacudida nos hizo caer. Slugmarsh soltó un grito al rodar por el suelo y chocar contra los barrotes de la celda. El duende salió volando de la litera y fue a parar lejos del sheriff. Las sillas se volcaron, las botellas se hicieron añicos, un armario se desplomó y los cajones abiertos comenzaron a soltar informes. Yo me tapé la cabeza con los brazos.

—Moonshine —suspiré. Mi yegua estaba atada en el exterior. Las tormentas y los temblores no le daban miedo, pero si le caía encima un trozo de tejado...

De repente, tan bruscamente como habían aparecido, las sacudidas remitieron.

Eché una mirada a la celda y me quedé boquiabierto. El duende había aprovechado la oportunidad y con un movimiento calculado alargó su cola áspera y larga hasta acercarla al costado del sheriff en dirección a la pistolera y rodeó la culata del arma.

—¡Detrás de usted! —grité, pero por desgracia la advertencia llegó tarde. En un segundo, el duende estaba armado y sonreía.

Slugmarsh intentó moverse y lanzarse a las rodillas de la criatura, pero el bláster de seis cañones ya le apuntaba directamente a la cabeza.

—¡Manos arriba! —chilló el duende, con cierta emoción nerviosa en su voz bronca. Slugmarsh gruñó pero lentamente levantó las manos.

A continuación, el arma se dirigió hacia mí y por segunda vez ese día vi el cañón del bláster. Los ojos del duende sobresalían por debajo de sus orejas finas y puntiagudas.

—Tú, chaval, coge las llaves del cinturón del gordinflón y abre la puerta muy lentamente, es muy sencillo.

Los duendes tienen fama de disparar a la mínima ocasión, así que giré la llave en la cerradura, muy lentamente.

—Ahora, atrás —exclamó antes de empujar la puerta y abrirla—. Me lo he pasado genial, sheriff —dijo entre dientes—, pero me tengo que ir. Comprenderás que no deje propina.

—Tu juicio es mañana, podrías quedar en libertad. Si cometes alguna estupidez, te colgarán.

El horrible duende rio como una hiena de Los Páramos.

—¿Desde cuándo los duendes tenemos juicios justos? Sabes tan bien como yo que me colgarán igualmente, así que el riesgo vale la pena. Vosotros dos, a la celda. ¡Vamos!



Fue entonces cuando vi que la cola del duende estaba junto a la puerta de la celda, entreabierta. La cerré de una patada y le pillé la cola.

A juzgar por el aullido que soltó, el dolor debió de ser espantoso. Al mover los brazos desesperadamente para abrir la puerta y liberar su miembro atrapado, el duende dejó caer la pistola y yo salté a por ella como una pantera. Había llegado mi turno. Segundos después, volvía a estar de pie y, temblando, apunté al duende.

—Muy astuto —comentó Slugmarsh después de palmearse los muslos. Alargó la mano—. Dámela.

Pero me quedé quieto, con la mirada fija entre ambos. Los ojos del duende se salían de sus órbitas.

—¡Argh! ¡Niñato estúpido! —gritó mientras se acariciaba la hinchazón de la cola—. Dame la pistola.

—¡Acércate más y disparo! —dije, retrocediendo. Se le desfiguró la cara y se movió lentamente hacia mí.

—Te estás tirando un farol. No tienes agallas.

—¡Atrás! —dije tras disparar a los pies escuálidos del duende. Él chilló y tropezó al dar un paso atrás.

—¡Niñato chiflado! ¡Casi me vuelas un pie!

—Ya me encargo yo, antes de que alguien salga herido —exclamó Slugmarsh después de carraspear,

pero yo moví la cabeza—. No te lo estoy pidiendo. Es una orden.

—Oye —dijo el duende entre dientes—, antes he oído que hablabas de Noose Wormworx. Yo podría llevarte a Deadrock, quizá hasta podría ayudarte a encontrar a Noose. A los duendes no nos gustan los troles barriga de serpiente, que lo sepas.

—Lo siento, pero no. Yo trabajo por mi cuenta.

Volví a meterlo en la celda y después apunté al sheriff con el arma.

—¿Qué...? ¿Te has vuelto loco?

Durante el temblor el cartel de Noose había caído al suelo y ahora se burlaba de mí. Me peiné el flequillo por debajo del sombrero.

—No. Es que, como ya he dicho, me iría muy bien coger prestados los registros.

Las venas del cuello y de la frente de Slugmarsh se hincharon tanto que pensé que iban a explotar. Resopló y jadeó como una vieja locomotora durante un rato y después, aún de mal humor, empezó a patear los informes encuadernados en cuero que estaban desparramados por el suelo.

Gruñendo, dio una patada y chutó uno de los más gruesos hacia mí.

—Ahora dame la pistola.

Cogí el informe y soplé para retirar el polvo. Después, con una sonrisa, comencé a retroceder de espaldas en dirección a la puerta, evitando las sillas volcadas y los cristales rotos. En el último segundo, le lancé la pistola a Slugmarsh y exclamé:

—Gracias.

Salí y desaté a Moonshine muy deprisa: comenzaba una tormenta de arena.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó, entre resuellos—. He oído gritos y tiros. ¡Pensaba que te habían disparado!

—¡Shht! Tranquila, Moon. Es que al sheriff no le ha gustado que interrumpiera su siesta. —Al ver que tenía los ojos como platos, le acaricié el cuello—. ¿Tú estás bien? Ha sido un temblor muy fuerte.

—Sí, estoy bien.

Miré hacia el cielo y fruncí el ceño.

—Parece que se acerca una tormenta. No podemos arriesgarnos a volar. ¿Te importa que te monte para volver al rancho?

—Si me cuentas qué pasa... —Su voz se fue apagando cuando dos tipos salieron de la cantina cercana y empezaron a acercarse a nosotros. A los hombres no les gusta hablar con los animales porque dicen que el Gran Espíritu los creó para que mostraran sumisión

a los humanos, y por tanto no deberían hablar. Pero yo soy medio elfo y los elfos estamos muy unidos a los animales. Para mí, charlar con los bichos —como lo llamamos en la roca— es tan natural como comer o respirar.

Mi padre era humano y mi madre, que era una elfa de piel verde, murió cuando yo era pequeño. Desde la muerte de mi padre, era mi abuela Yenene la que cuidaba de mí. Es una elfa con la piel de color amarillo verdoso, arrugada y más rugosa que la de un ogro. A menudo me contaba que mi padre conocía bien los peligros de ser ayudante del sheriff, pero que defender la ley era su pasión y que no debíamos sentir odio por lo que le sucedió. Mi pelo es castaño, como el de mi padre, aunque no esconde mis orejas de elfo. De hecho, una vez mi padre le dio un puñetazo a un hombre por llamarme mestizo.

—¿Qué te traes entre manos con el sheriff? ¿Te has metido en algún lío? —preguntó Moonshine cuando los hombres de la cantina ya se habían alejado.

—Te lo contaré de camino al rancho —susurré, después de guardar el informe de Noose en la bolsa de la silla de montar—, pero solo porque un vaquero del cielo no debe tener secretos con su caballo y porque confío en que no se lo relincharás a nadie.

Moonshine se inclinó sobre sus patas delanteras y salté hacia la silla. Entonces, comenzamos a trotar a través de las calles vacías de Oretown, cabalgando hacia el límite de la Gran Roca.

